

alzamiento y redondean su labor, inevitablemente condicionados ahora por lo que acontece en Chile y los ecos que ello suscita en la escena internacional. Valga aludir, como ejemplo de esto, a una parte de la novelística que Donoso genera a partir de 1978, con títulos como *Casa de campo*, una alegoría del quiebre institucional chileno, que le significa obtener el afamado Premio de la Crítica Española, o *El jardín de al lado* (1981), una cruda y reveladora semblanza del exilio chileno y sus claudicaciones.

La generación novísima. La segunda de las generaciones aún vigentes dentro del panorama literario chileno es la denominada formalmente «generación del 72», que en su día recibiera el promisorio, aunque poco original, calificativo de «autores novísimos». Es la generación que entra en escena en el trienio de la Unidad Popular, sumándose a las reformas sociales que propugna el desafortunado intento chileno de edificar el socialismo por la vía de las urnas. Entre sus nombres más destacados cabe mencionar a Antonio Skármeta —que en 1968 se alza con el Premio Casa de las Américas, hecho que amplía la resonancia de su obra cuentística a toda América Latina—, Mauricio Wacquez, Poli Délano y Ariel Dorfman. Será el propio Skármeta quien, con el título de su obra primeriza, *El entusiasmo*, defina el espíritu optimista que anima, cuando menos en un principio, a esta generación, un afán fundado en las transformaciones sociales que, con ingentes dificultades, van perfilándose por aquellos años en el país, coincidiendo con la época en que este grupo de nuevos autores aspira a hacerse con el protagonismo de la escena literaria. Transformaciones con las que todos ellos se sienten solidarios. Ello se hace evidente en la definición que Skármeta propone de aquella época: «Es una excelente oportunidad para la esperanza, para la participación. Vivimos, al fin, nuestra cotidianeidad no más como el reiterado, escéptico y dormilón paisaje que era el país de las burguesías, sino como historia, tensión, futuro». Noble caracterización de un proceso y una época que, a la luz de lo ocurrido luego o la crisis actual del llamado socialismo real, nos suena inevitablemente cargada de cierta ingenuidad. El entorno cambiante y vertiginoso que rodea a la generación del 72 o «generación novísima» influye en sus modos de contar. Hijos de la emergente civilización tecnocrónica, su estilo es tan vertiginoso como el de los medios audiovisuales y superpone los diversos acontecimientos y planos de lo real, como ocurre con la narración «en mosaico» del medio televisivo. Pero las coordenadas más restringidas de su entorno inmediato, aparte su compromiso político, les impulsan a su vez a atesorar lo efímero y cotidiano, en lo cual se percibe una influencia no calculada del *nouveau roman*. Para los autores de esta generación, ello representa una valiosa posibilidad de referir cuanto acontece a su alrededor, incluido el entusiasmo que suscitan los cambios sociales en democracia, incluida la micro-cultura de sus congéneres, el lenguaje juvenil (que contamina sus textos) o los subgéneros literarios, como las telenovelas, que ellos dignifican hasta conferirles el debido status literario. A todo ello alude el calificativo de «infrarrealismo» que suele adjudicarse a esta generación, un rótulo que el propio Skármeta se encarga de legitimar cuando afirma: «Este es el arte que a mí me interesa; está claro, si es este mi mundo, no es el arte que busca

su inspiración y sus productos en los recovecos de la intimidad ni en los grandes episodios, sino en la trivialidad más infrarreal».

Buena parte de esta generación canalizó su producción inicial en las editoriales surgidas o potenciadas al calor de la Unidad Popular y desarrolló, aparte su actividad creativa propiamente tal, labores docentes en las universidades chilenas. Eso unido a sus simpatías declaradas por el gobierno de Salvador Allende hizo recaer sobre ellos el estigma condenatorio del poder instaurado con el golpe militar de 1973, en virtud de lo cual, casi todos acabaron exiliándose, de manera forzada o voluntaria. Como ya vimos, algunos de los miembros más destacados de la generación precedente habían abandonado antes el país (como ocurrió con José Donoso o Jorge Edwards, este último atendiendo a sus funciones diplomáticas), pero su desplazamiento no adquiere el dramatismo y la urgencia del exilio impuesto, o autoimpuesto, que viven los «novísimos». A partir de aquí, el derrotero de estos últimos se diversifica y expande o bien se hace vacilante, una consecuencia quizás atribuible a la diáspora que protagonizan. Un fenómeno que a la vez diversifica, pero hace difusa para ellos, la figura de sus potenciales lectores. El crítico uruguayo Angel Rama —lamentablemente fallecido, años después, en accidente de aviación— conceptualizó este fenómeno a finales de los setenta, en pleno auge del nuevo autoritarismo militar latinoamericano: «El escritor exiliado funciona en relación con tres públicos potenciales que, por familiares que sean, se encuentran en distintas circunstancias: el público mayoritario del país o cultura en el cual se encuentra instalado provisoriamente; el público también amplio de su país de origen al que aspira a continuar hablando, no obstante las trabas que imponen las dictaduras para la circulación de su mensaje; y el público de sus compatriotas que integran el pueblo de la diáspora, el cual no puede asimilarse simplemente al del propio país de origen por las nuevas situaciones que está viviendo». Enfrentados a este dilema, muchos de los autores «novísimos» emigrados a raíz del alzamiento militar optan, en primera instancia, por reeditar sus obras precedentes en el extranjero, fenómeno coincidente con el interés mundial por el llamado «caso chileno». En esta fase de reformulación de la propia trayectoria creativa, muchos nombres se diluyen en el silencio, como Ernesto Malbrán o el muy notable Salomón Meckled.

En 1980 los supervivientes literarios de entre los «novísimos» inician su maduración definitiva como creadores, lo que supone la edición de algunas piezas notables (piénsese en la novela *Frente a un hombre armado* de Mauricio Wacquez, editada con cierta resonancia en España) o la incursión fructífera en otros géneros, como es el caso de Skármeta y su película *Ardiente paciencia*, que describe los días postreros de Pablo Neruda y se hizo acreedora al prestigioso galardón del Festival de Cine Iberoamericano de Huelva, aparte ser editada luego en su versión novelística. Poli Délano había escrito ya, tiempo antes, *En este lugar sagrado*, novela que recrea el escenario del golpe militar a través de un individuo enclaustrado en un baño (ese sagrado lugar) el día de los hechos, en lo cual se manifiesta el afán compartido por

casi toda esta generación de explicar, en el nivel de lo literario, la «ruptura de septiembre» y el quiebre de la institucionalidad democrática.

La prueba evidente de la fragmentación que el núcleo de esta generación experimenta a raíz del golpe estriba, muy probablemente, en que muchos de sus integrantes irrumpen tardíamente en la escena literaria, desligados del tronco fundamental, es decir, del segmento que emigró del país en 1973. Es, tal vez, el caso de Isabel Allende, que por edad coincide con el espectro de los «novísimos», aunque su temática y estrategia narrativa la convierten en heredera directa de los patriarcas del llamado *boom* hispanoamericano. Es preciso mencionarla aquí, considerando el impacto comercial de su obra novelística en la década de los ochenta. También en el interior afloran todavía hoy a la superficie narradores de primera línea, como es el caso de Jaime Riveros (nacido en 1946, asimilable por tanto al segmento más joven de la «generación novísima»), que acaba de publicar en 1988 su primera novela, *La espera*, en la cual se detecta el poderoso influjo dostoievskiano de las *Memorias del subsuelo*, influjo bien asimilado por Riveros, para ponerlo, en este caso, al servicio de un episodio trágico-amoroso también relacionado con las circunstancias del alzamiento militar. Otro nombre adscribible a esta generación, que emerge a su vez tardíamente, es el hoy conocido Francisco Simón, proclive a una óptica literaria decididamente comprometida con la denuncia del militarismo y sus facetas más grotescas, sin desechar la ironía y el buen humor. Ha publicado algunas de sus piezas fundamentales (*El informe Mancini*, *Los mapas secretos de América Latina*) en editoriales españolas, lo cual le ha permitido acceder al público de variadas latitudes.

Hoy el grueso de la «generación novísima», igual que sus antecesores del 50, están de vuelta en el país, para concluir su reinado literario. Han vuelto los padres y abuelos para reencontrarse con la promoción emergente. ¿Será quizá demasiado tarde para que puedan reconocerse mutuamente?

La generación emergente

«Nuestro *hábitat* ha sido la violencia». Con esta reveladora afirmación se inicia el prólogo a *Contando el cuento*, antología primeriza de la nueva promoción de narradores chilenos, la que hoy oscila en torno a los treinta y cinco años. Son palabras de Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz Valenzuela, dos hábiles narradores e integrantes de la mencionada promoción y autores de la mencionada antología. Un esfuerzo que, como toda recopilación generacional temprana, evidencia algunas exclusiones relevantes pero constituye, de todas formas, un panorama inicial de la generación emergente, a un paso de hacer su ingreso coordinado en la escena literaria local y regional. La frase citada resume con precisión la impronta psicológica de ese nuevo frente generacional que no protagonizó directamente los acontecimientos conducentes al alzamiento militar pero sufrió de todas formas sus consecuencias y se vio forzado, durante